

Biografías para
juventudes lectoras

Mariano Escobedo

SU CAMINO A QUERÉTARO



RAÚL GONZÁLEZ LEZAMA

SECRETARÍA DE CULTURA
INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO
MUNICIPIO DE GENERAL ESCOBEDO, N. L.

MARIANO ESCOBEDO

SU CAMINO A QUERETARO



Biografías para
juventudes lectoras



MÉXICO 2026

Ediciones en formato electrónico:
INEHRM, 2026.

D. R. © Raúl González Lezama, textos.

D. R. © Antonio Noel Gutiérrez González, adaptación.

D. R. © La ilustración de portada fue generada por Juan José Rodríguez
con el modelo GPT-4o de OpenAI.

D. R. © Instituto Nacional de Estudios Históricos
de las Revoluciones de México (INEHRM),
Plaza del Carmen núm. 27, Colonia San Ángel, C. P. 01000,
Alcaldía Álvaro Obregón, Ciudad de México.
www.inehrm.gob.mx

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad del
Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México,
órgano desconcentrado de la Secretaría de Cultura.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción parcial
o total, directa o indirecta, del contenido de la presente obra, sin contar
previamente con la autorización expresa y por escrito de los editores,
en términos de la Ley Federal del Derecho de Autor, y en su caso de los
tratados internacionales aplicables; la persona que infrinja esta disposición
se hará acreedora a las sanciones legales correspondientes.

ISBN: 978-607-549-666-5

HECHO EN MÉXICO

El 15 de mayo de 1867 las fuerzas de la República tomaron la ciudad de Querétaro, donde se hallaban parapetados los monarquistas que defendían la existencia del gobierno que había adoptado el nombre de Segundo Imperio Mexicano. Al frente de ellos estaba el archiduque austriaco Maximiliano de Habsburgo, que había adoptado el título de Emperador de México. Es cierto que los partidarios del Imperio conservaban todavía otro reducto, la ciudad de México, pero su causa ya estaba completamente perdida, pues junto con Maximiliano fueron hechos prisioneros sus principales generales, los mexicanos Miguel Miramón y Tomás Mejía.

La República, en cuyo frente estaba Benito Juárez, no había dejado de existir dentro de territorio nacional y nunca renunció a defender su indepen-



El general Mariano Escobedo en su caballo.
Este óleo puedes admirarlo en el Museo Nacional
de Historia, Castillo de Chapultepec. INAH,
Secretaría de Cultura.

dencia y soberanía. Casi seis años atrás, muy pocos creyeron que esto fuera posible, pues en sus costas había desembarcado el mejor ejército del mundo de esa época, y pese a haber encontrado gran resistencia logró avanzar hasta que, tras un año de combates, ocupó la capital donde convocó a una asamblea la cual declaró que era voluntad de los mexicanos que se estableciera una monarquía y que se ofreciera el trono a Maximiliano. Las potencias europeas otorgaron su reconocimiento y los Estados Unidos guardaron silencio, pues estaban atrapados luchando una guerra civil que amenazaba dividir su nación en dos.

El Ejército de Oriente, que había logrado frenar a los franceses el 5 de mayo, fue desbaratado. La esperanza de la República era seguir resistiendo, mediante la guerra de guerrillas, e intentar poco a poco, con mucho esfuerzo, organizar nuevos ejércitos que por regiones fueran reconquistando los espacios ocupados por los invasores extranjeros y sus aliados mexicanos. Para lograr este objetivo era necesario el liderazgo de una persona con visión y principios, capaz de encabezar una estrategia via-



El general Porfirio Díaz.
Este óleo del siglo XIX lo puedes admirar
en el Museo Nacional de Historia, Castillo
de Chapultepec. INAH, Secretaría de Cultura.

ble de guerra y varios hombres que materializaran ese proyecto.

En el oriente y sur cumplió con esta expectativa el general Porfirio Díaz; en el centro y occidente lo hicieron Vicente Riva Palacio, Ramón Corona y Nicolás Régules; en el norte la tarea le correspondió a Mariano Escobedo, que cumplió con su misión gracias a que su propia vida lo había dotado de la experiencia y las habilidades que lo llevaron a convertirse en el general en jefe que puso sitio a Querétaro.

PRIMEROS AÑOS Y FORMACIÓN

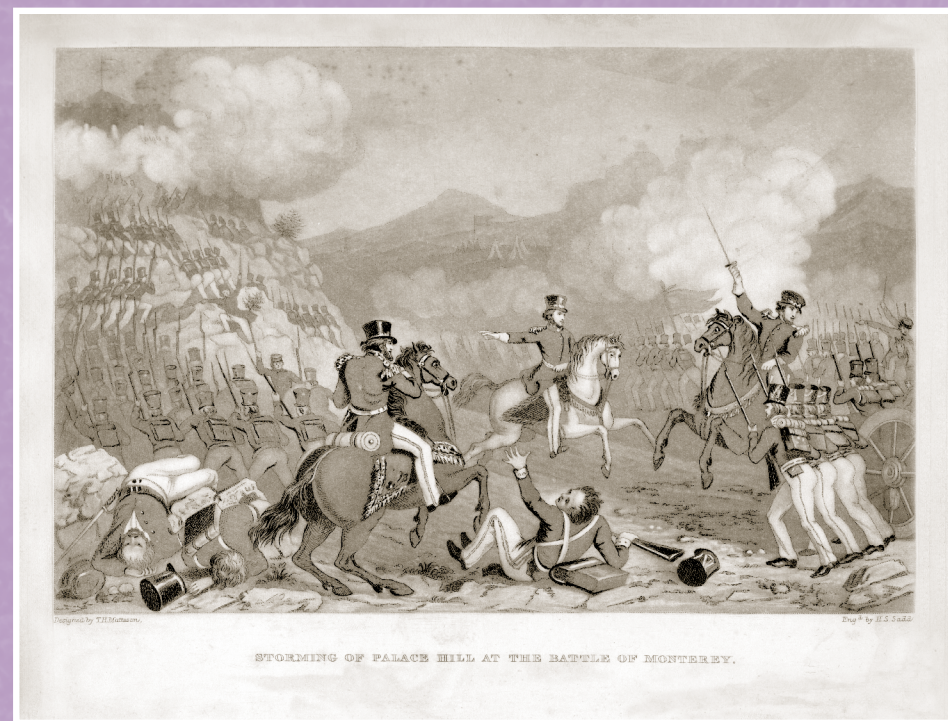
Mariano Escobedo nació el 16 de enero de 1826 en San Pablo de los Labradores, hoy Galeana, Nuevo León, fue el menor de seis hermanos; su padre fue Manuel Escobedo y su madre fue Rita de la Peña.

Muy cerca de San Pablo había un pequeño rancho llamado El Tunal, que era propiedad de la familia Escobedo desde el siglo XVII, cuando por su participación en la conquista de esos territorios del norte, le fue otorgada al alférez Miguel de Escobedo.

Junto con otros niños, Mariano aprendió a leer, escribir y algo de aritmética gracias a una maestra de la que sólo sabemos que se llamaba Apolonia, y también, como sus jóvenes vecinos, pronto se incorporó al trabajo. Se dedicó al cultivo de la tierra, al comercio y también a la arriería, lo que le permitió conocer los pueblos de los alrededores e incluso llegar hasta Monterrey.

Pasaban sus días con fatiga, pero con tranquilidad, hasta que un día a su pueblo, como a todos los que formaban el estado de Nuevo León, llegó un documento firmado por el gobernador Pedro de Ampudia. Fechado el 14 de septiembre de 1846, el documento decía que era urgente que los alcaldes reunieran a todos los hombres, menos los ancianos, y los mandaran de inmediato a Monterrey. ¡México estaba en guerra con Estados Unidos!

Cuando Mariano llegó con sus paisanos a Monterrey, encontró ahí a los soldados que quedaban del Ejército del Norte, venían de pelear en dos batallas importantes, la de Palo Alto y la de Resaca de la Palma. Las dos habían sido terribles y de malos resultados para los mexicanos. Derrota-



La Batalla de Monterrey, el 23 de septiembre de 1846.
Litografía de H. S. Sadd, pertenece al fondo de la Biblioteca
del Congreso de Estados Unidos.

dos, tuvieron que retirarse a Matamoros y después trasladarse hasta la capital de Nuevo León para participar en su defensa.

Los hombres que habían sido reunidos en los ranchos y pueblos pasaron a formar parte de la Guardia Nacional y comenzaron a preparar la ciudad para resistir el ataque de los norteamericanos, levantaron murallas, parapetos y toda clase de obstáculos para evitar que los enemigos pudieran adueñarse de la ciudad. Para defender Monterrey se reunieron unos cuatro mil (4000) hombres a pie y unos dos mil (2000) a caballo; contaban con cuarenta y seis cañones.

Muy pronto los invasores llegaron y rodearon la ciudad para evitar que los pobladores salieran o entraran refuerzos, armas y comida. A esto se le llama poner sitio a una plaza, y puede prolongarse durante meses. En esta ocasión, el sitio de Monterrey sólo duró del 21 al 24 de septiembre, porque pese a haber combatido con valor y pelear casa por casa, los mexicanos tuvieron que abandonar la ciudad en manos de los enemigos.

Escobedo y sus vecinos volvieron a Galeana, pero no se quedaron de brazos cruzados: bajo las



La Batalla de Buenavista
o de la Angostura, el 23 de febrero de 1847.
Litografía de E. B. & E. C. Kellogg, pertenece al fondo
de la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos.

órdenes de Martínez Salazar, un reducido número de patriotas, entre los que estaba Mariano Escobedo, y aprovechando su conocimiento de la región, lograron sorprender a un destacamento norteamericano y le hicieron treinta y siete prisioneros.

Escobedo participó en otras acciones de guerra, la más importante de ellas fue la Batalla de la Angostura, que se desarrolló entre los días 22 y 23 de febrero de 1847. Ya para ese momento, Mariano se encontraba adscrito al Estado Mayor del general José López Uruga con el grado de alférez.

LA GUERRA CONTRA LOS BÁRBAROS

En aquella época, el final de la guerra no significó para los jóvenes nortños el abandono de las armas. Debido a las incursiones que realizaban contra las poblaciones las tribus de lipanes, mezcaleros y comanches, los habitantes de esa región estaban obligados a inscribirse en las guardias nacionales para participar en la defensa. En Galeana se formaron compañías de guardias móviles. Mariano, además de cumplir con sus deberes como



El gobernador de Nuevo León Santiago Vidaurri.
Retrato con fecha cercana a 1860.
Pertenece al fondo de la Biblioteca
del Congreso de Estados Unidos.

ranchero, fungió como subteniente en una de esas compañías, logrando ascender a teniente y luego a capitán. Esta experiencia le resultó de gran utilidad en el futuro.

CONTRA LA DICTADURA DE SANTA ANNA

El Plan de Ayutla fue promulgado para poner fin al gobierno dictatorial del general Antonio López de Santa Anna. En Nuevo León, Santiago Vidaurri, que en ese entonces era el secretario de Gobierno del estado, promulgó el Plan Restaurador de la Libertad y se rebeló contra el gobernador, que era partidario del dictador. En Galeana, Mariano y José Silvestre Aramberri se encargaron de organizar las fuerzas revolucionarias. Durante esta revolución destacaron las figuras de Juan Zuazua, Ignacio Zaragoza y también Mariano Escobedo, quien por sus méritos en campaña obtuvo de Vidaurri el grado de teniente coronel.

Derrotado, Santa Anna abandonó el país y cumpliendo con lo prometido en el Plan de Ayutla, los vencedores convocaron a un congreso cons-

tituyente. En esos días Santiago Vidaurri decretó la anexión de Coahuila al estado de Nuevo León, situación que fue reprobada por el gobierno del centro, que envió al general Juan José de la Garza para someter a Vidaurri.

Santiago Vidaurri estaba convencido de que el centro, sin comprender la realidad de la frontera, persistía en someter a la región bajo leyes que no correspondían con las circunstancias particulares que ahí se vivían, como las depredaciones de los indios, el abigeato, el contrabando y los ataques de filibusteros, que estaban siempre presentes en la vida de los norteros y que los habitantes del sur y del centro no podían siquiera imaginar. Defender sus vidas y propiedades requería adoptar una forma de vida e instituciones distintas a las del resto del país, y esto lo comprendían los militares jóvenes, los hacendados y los comerciantes, quienes dieron a Vidaurri el apoyo necesario para hacerse del poder en Nuevo León y posteriormente anexar Coahuila a su estado.

En esta campaña Escobedo conoció la derrota en Cadereyta y tuvo que replegarse a Monterrey,

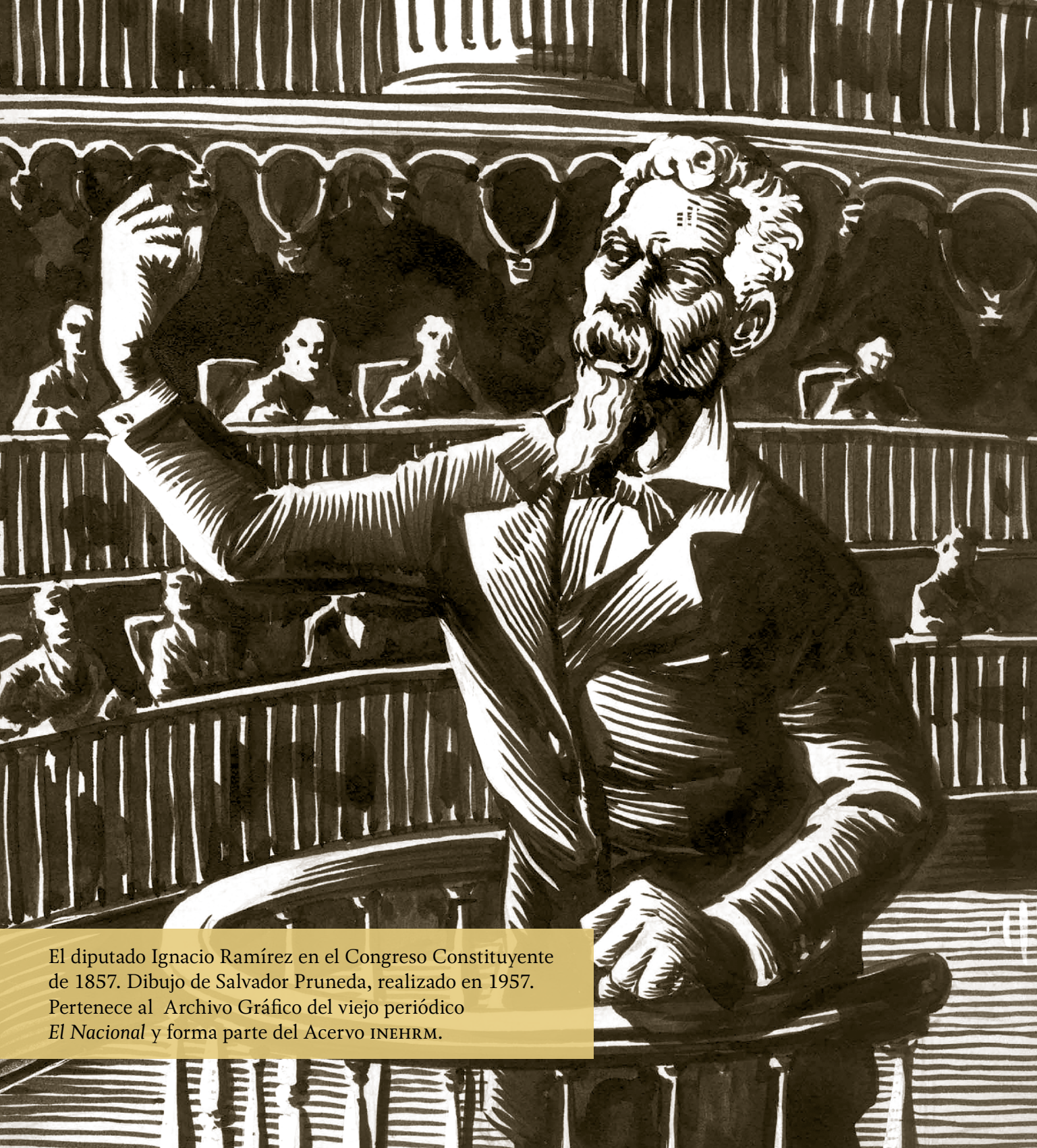


Juan José de la Garza, gobernador de Tamaulipas.
Litografía grabada entre 1852 y 1857. Acervo INEHRM.

donde se puso bajo las órdenes de Ignacio Zaragoza, logrando resistir los embates del general De la Garza. La situación llegó a un arreglo con la firma del Tratado de Cuesta de los Muertos.

En aquella época y circunstancias, no fue la ambición lo que motivó la idea de unir Coahuila con Nuevo León, sino la necesidad de formar una región lo suficientemente fortalecida para hacer frente a los problemas. En el Constituyente, Ignacio Ramírez así lo comprendió y apoyó esa postura como miembro de la comisión del Congreso encargada de estudiar la anexión ocurrida en febrero. Ramírez apeló a la necesidad de los pueblos de reconfigurar su pertenencia territorial según la búsqueda de una lógica que solucionara su aislamiento e improductividad, a cambio de la vida y el desarrollo de la región.

En el Congreso Constituyente hubo intenso debate, después de todo, en la misma Coahuila las posturas estaban muy divididas; por ejemplo, Monclova, Piedras Negras y Río Grande se inclinaban hacia Vidaurri pues sentían que la capital de su estado era insensible a sus problemas con el



El diputado Ignacio Ramírez en el Congreso Constituyente de 1857. Dibujo de Salvador Pruneda, realizado en 1957. Perteneció al Archivo Gráfico del viejo periódico *El Nacional* y forma parte del Acervo INEHRM.

abigeato y los indios bárbaros, mientras que Saltillo y Parras se sentían atraídos a seguir al centro de la República. Finalmente, en el Constituyente se convino aceptar la unión de las dos entidades en una sola.

La Constitución fue promulgada el 5 de febrero de 1857, facultando al gobierno para legislar en materia de culto; también instituyó la libertad en la enseñanza, aprobó la limitación de los fueros militares y eclesiásticos, la desamortización de los bienes del clero y derogó varias de las medidas decretadas durante el último gobierno de López de Santa Anna. Heridos en sus intereses y privilegios, el Ejército y la Iglesia conspiraron para eliminar la nueva Constitución.

LA GUERRA DE REFORMA

El propio presidente de la República se dejó convencer por los conspiradores y fue uno de los que apoyaron el Plan de Tacubaya, dado a conocer el 17 de diciembre y que declaraba derogada la Constitución de 1857, que había sido promulgada el 5 de febrero de ese año, y cuya entrada en vigencia había cumplido tres meses. El nuevo plan desconocía la Constitución, alegando que “la mayoría de los pueblos no ha quedado satisfecha con la carta fundamental que le dieran sus mandatarios”, y porque “la República necesita de instituciones análogas a sus usos y costumbres”. Para remediar esta insatisfacción sería convocado un nuevo congreso que redactaría una carta magna la cual representaría los verdaderos intereses del pueblo. Para asegurar que el documento resultante fuera acorde a la voluntad popular, sería sometido a un plebiscito antes de su promulgación.

El licenciado Benito Juárez, quien en ese momento era el presidente de la Suprema Corte de



La Constitución de 1857. Imagen tomada del libro *El México de Benito Juárez*, y que contiene ilustraciones del Taller de la Gráfica Popular, 1957. Acervo INEHRM.

Justicia de la Nación, rechazó la invitación que en persona le hizo el presidente Ignacio Comonfort para participar en el movimiento tacubayista. Por su negativa, Juárez fue hecho prisionero junto con el médico Isidoro Olvera, presidente del Congreso, y algunos diputados.

Algunos estados de la República aceptaron los principios del Plan de Tacubaya, pero otros lo rechazaron pues consideraban que se traicionaban los ideales de la Revolución de Ayutla. El gobernador y comandante militar del estado de Jalisco, general Anastasio Parrodi, protestó el 21 de diciembre en contra del atentado a la nueva Constitución y ofreció asilo en su territorio al legítimo gobierno de la República; el día 27 invitó a Aguascalientes, Guanajuato, San Luis Potosí, Michoacán, Querétaro y Zacatecas a establecer una coalición de estados que, con un ejército común, combatiera a los golpistas de Tacubaya. Como general en jefe de este ejército fue designado el propio general Parrodi.

Cuando los conservadores volvieron la espalda a Comonfort, el general poblano liberó a Benito

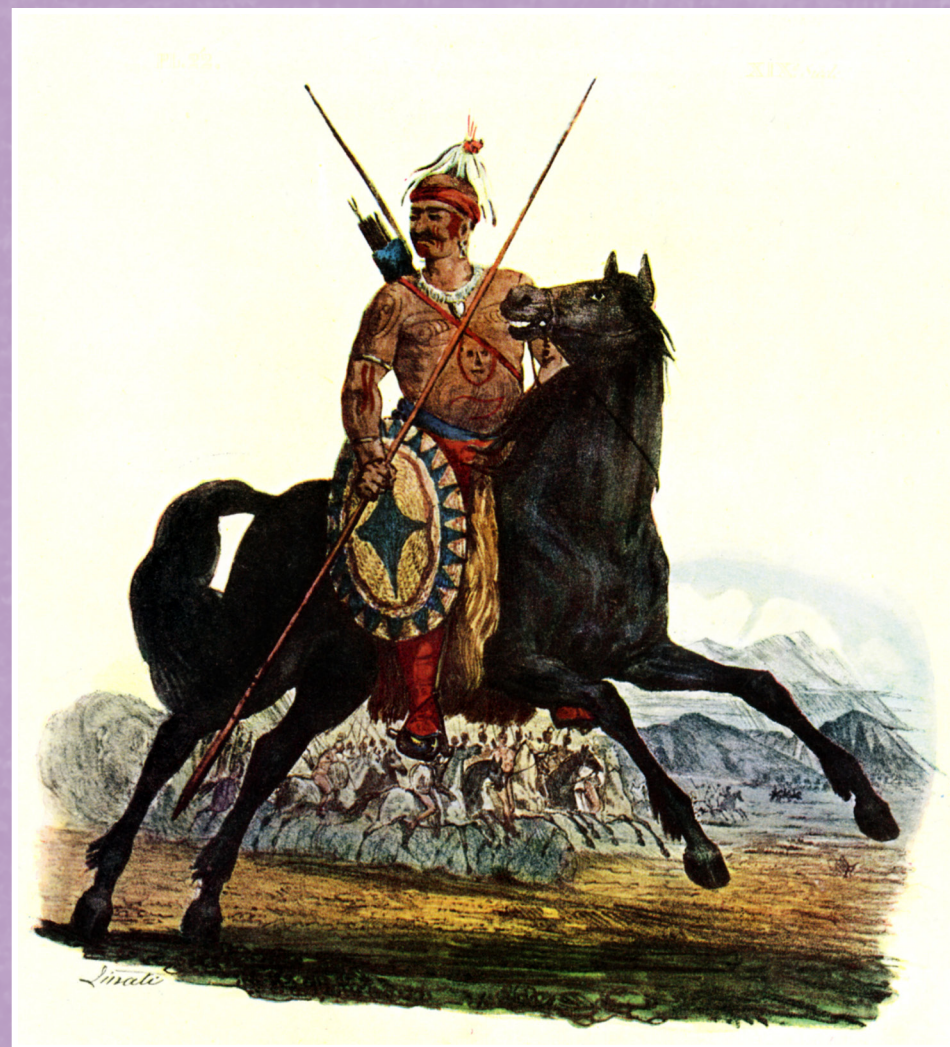
Juárez, quien abandonó la capital y se dirigió a Querétaro y luego a Guanajuato, donde asumió la presidencia de la República como le correspondía, de acuerdo con la Constitución. El oaxaqueño se trasladó a Guadalajara para establecer su gobierno bajo la protección de la coalición de estados.

En ese momento coexistieron dos gobiernos en México, uno con Benito Juárez como su presidente y otro de carácter conservador con Félix Zuloaga al frente. Estos dos bandos enfrentaron a sus ejércitos por primera vez en Salamanca, Guanajuato. El primero fue derrotado por el segundo, que avanzó sobre Guadalajara, obligando al presidente Juárez a trasladarse a Colima y luego a Manzanillo, donde se embarcó, y tras cruzar el continente por Panamá, llegó al puerto de Veracruz, donde fijó su residencia.

El Ejército de la Coalición de Estados quedó desbaratado, pero sus restos se organizaron para formar el Ejército Constitucionalista que fue encomendado a Santos Degollado, quien se retiró a Colima sin ser perseguido por el general conservador Miguel Miramón gracias a que otro ejérci-

to de carácter liberal amenazaba con tomar San Luis Potosí, se trataba de los cuerpos fronterizos comandados por Santiago Vidaurri, que desde el 19 de enero, en respuesta al Plan de Tacubaya, había decretado que reconocía como presidente de la República a Benito Juárez y que, hasta que no se restituyera la Constitución, el Estado de Nuevo León y Coahuila se regiría en exclusiva por sus leyes particulares.

Los nortños aportarían para la defensa de la Constitución a hombres como Juan Zuazua, Ignacio Zaragoza, Miguel Blanco y Mariano Escobedo que, a diferencia de la mayoría de los jefes conservadores, no se habían formado en el Colegio Militar, pero en cambio, la lucha constante contra los apaches y bandoleros les había otorgado un aprendizaje práctico invaluable. Su cercanía con los Estados Unidos les permitió adquirir armamento más moderno y sofisticado, como las carabinas Mississippi y Sharp, y según Victoriano Salado Álvarez, “manejan el rifle y la pistola con la seguridad que manejarían un instrumento matemático”.



Había una lucha constante contra los indio apaches.
Litografía en color de Claudio Linati. Acervo INEHRM.

Pero sobre todo, poseían un espíritu de cuerpo y un sentido de identidad que se materializaba en su vestimenta, la cual se convirtió en la imagen de la causa liberal y constitucionalista.

Tanto oficiales como soldados lucían camisas rojas y pantalones o calzoneras de cuero, y tocados con un sombrero de alas anchas, atuendo que Juan Zuazua y su gente habían comenzado a emplear años atrás. Este peculiar uniforme empezó a popularizarse en la Guerra de Reforma desde que los rifleros de Nuevo León y Coahuila, bajo las órdenes de Miguel Blanco y Mariano Escobedo, hicieron acto de presencia en el sitio de Guadalajara de 1858, y había hecho que quienes lo portaban fueran conocidos como los “Blusas Rojas”, lo que después dio pie a que los conservadores nombraran con desprecio a todos los liberales como “La Chinaca Roja”.

Al inicio de la guerra los pobres resultados hicieron que su general en jefe, Santos Degollado, fuera llamado en son de burla por sus oponentes “El general Derrotas”. Con el tiempo, la participación de los fronterizos ayudó en mucho a mejo-



La vestimenta de los chinacos fue distintiva. Este óleo del siglo XIX, pintado por Manuel Serrano, es una imagen tomada del libro *Los proyectos de una nación*, de Guadalupe Jiménez Codinach. Fotomecánico, Acervo INEHRM.

rar los resultados en los combates que libraban los liberales en contra de los conservadores; en parte este mejor desempeño se debió a las instrucciones que Santiago Vidaurri, en una carta de marzo de 1858, dio a Juan Zuazua para que combatiera a Miguel Miramón “a la manera comanche”, esto es, asediando sus campamentos día y noche, cortando sus comunicaciones, distrayendo su atención y arrebatándole o destruyendo todas las cosas que le pudieran servir al enemigo.

LA PRIMERA GRAN DECISIÓN DE MARIANO ESCOBEDO

En el bando conservador existieron divisiones, la mayor de ellas ocurrió cuando Miguel Miramón y Félix Zuloaga se disputaron el puesto de presidente. Por su parte, en el campo liberal existió un caso similar, pero sobre la autoridad que debía ostentar el mando del ejército. En septiembre de 1859, cuando Santos Degollado dictó ciertas órdenes respecto a dónde deberían ser movilizados algunos de los jefes de los cuerpos fronterizos, Vidaurri se

negó a aceptar esas indicaciones pues consideraba que era él quien debería decidir sobre los hombres con los que había contribuido para la guerra, por lo que exigió que regresaran a Nuevo León. Ante esa indisciplina, que ponía en riesgo la causa liberal, Degollado lo destituyó de la gubernatura y el mando militar de Coahuila y Nuevo León. A pesar de haberse formado como militares gracias a Vidaurri, muchos de los más valiosos jefes como Zaragoza, Escobedo, Miguel Blanco y Aramberri se declararon fieles a Juárez, mientras que otros, también muy destacados, como Juan Zuazua y Quiroga tomaron partido por el neolónés.

Como lo mencionamos antes, es verdad que los fronterizos veían las cosas de manera distinta al resto de los habitantes de México, pero en este momento no se trataba de puntos de vista, estaba en juego la existencia misma de México como una república representativa y popular, y así lo había advertido el presidente Juárez en Veracruz al anunciar la próxima promulgación de las Leyes de Reforma:

Benito Juárez, impulsor de las Leyes de Reforma.
Este dibujo de Federico Cantú, pertenece
a la colección particular de Federico Cantú Fabila.
Fotomecánico, Acervo INEHRM.



La nación se encuentra hoy en un momento solemne, porque del resultado de la encarnizada lucha, que los partidarios del oscurantismo y de los abusos han provocado esta vez contra los más claros principios de la libertad y del progreso social, depende todo su porvenir.

El resultado de la guerra contra Estados Unidos había demostrado que, desde la Independencia, no se había logrado construir una auténtica identidad y unidad nacional que fuera superior a consideraciones e intereses regionales o de grupo, y que una de las consecuencias de esta falta de integración como nación era que podría ocurrir el desmembramiento de México, como había sucedido con Yucatán, que en 1841 se separó del pacto federal, o los proyectos de formar las repúblicas de Sierra Madre o de Río Grande en el norte del país.

Finalmente, luego de tres años de guerra se impuso el bando que defendía la Constitución de 1857 y el presidente Benito Juárez entró en la ciudad de México en enero de 1861. Inconformes con su derrota, los conservadores apelaron a Europa en busca de ayuda, y al año siguiente dio inicio la Interven-

ción Francesa usando como pretexto el decreto presidencial que declaraba una moratoria de dos años para el pago de la deuda exterior de México.

CONTRA EL IMPERIO

Con la excusa de reclamaciones económicas contra nuestro país, y para lavar supuestas afrentas contra la dignidad de algunos de sus nacionales, España, Francia e Inglaterra desembarcaron efectivos militares en el puerto de Veracruz. Gracias a las gestiones diplomáticas que Manuel Doblado entabló en nombre del Gobierno de la República, se logró que tanto Inglaterra como España desistieran de sus propósitos, no así Francia, que inició las hostilidades pues estaba interesada en imponer en México un gobierno acorde con sus intereses.

El primer encuentro formal que sostuvieron el Ejército de Intervención francés y el Ejército de Oriente tuvo lugar en las cumbres de Acultzingo y ahí, en el ala izquierda que inició y sostuvo lo más pesado del combate, se encontraba Mariano Escobedo.



Acción en las cumbres de Acultzingo.

Esta litografía es obra de Constantino Escalante y Hesiquio Iriarte y fue tomada del libro *Las glorias nacionales. El álbum de la Guerra*, de 1863. Fotomecánico, Acervo INEHRM.

El 5 de mayo de 1862 el Ejército de Oriente se concentró en Puebla para frenar el avance del enemigo y ganar tiempo para que la ciudad de México se preparara y no fuera tomada por los invasores.

El Ejército de Oriente se organizó en una división y cuatro brigadas. La división, con mil doscientos (1200) hombres al mando del general Miguel Negrete, y con artillería de batalla y de montaña, ocupó los cerros de Loreto y Guadalupe. Adscrito a esta división combatió Mariano Escobedo en esa batalla.

La soberbia del conde de Lorencez, comandante en jefe del ejército expedicionario francés, lo hizo obrar con imprudencia y sin haber realizado una correcta exploración del terreno, y desoyendo los consejos de sus aliados mexicanos atacó eligiendo el punto más fuerte de las defensas mexicanas.

Después de haber consumido gran parte de sus recursos de artillería y fracasar en tomar los fuertes de Loreto y Guadalupe, a los franceses no les quedó más remedio que reconocer su derrota y retirarse a sus posiciones iniciales en las cercanías de Amozoc.

Gracias a que un hilo telegráfico conectaba Puebla con la ciudad de México, en la capital de la República fue posible seguir el desarrollo de la batalla. Por fin, a las cinco y cuarenta minutos de la tarde, arribó el mensaje que anunciaba el triunfo definitivo. Dirigido al general Miguel Blanco, ministro de Guerra y Marina, y firmado por Ignacio Zaragoza, el mensaje iniciaba con una frase que lo decía todo: “C. Ministro de la Guerra: las armas del supremo gobierno se han cubierto de gloria”.

La victoria fortaleció el ánimo de las fuerzas republicanas y la resistencia de la población, y los convenció de que era posible continuar la lucha hasta expulsar a los invasores del territorio nacional si éstos no abandonaban su empresa, pues comprendieron que su insistencia les ocasionaría grandes pérdidas humanas y materiales.

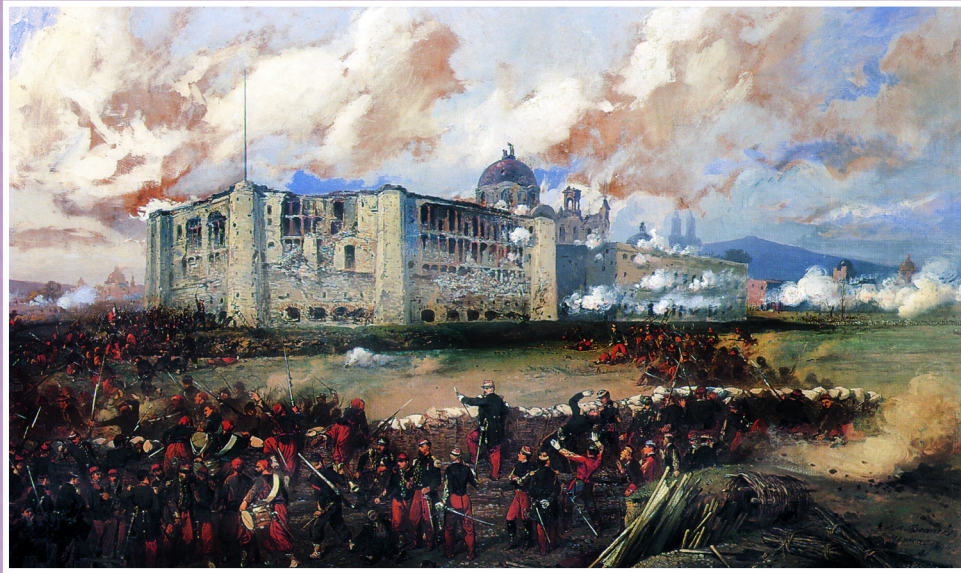
Lejos de aceptar la derrota, los franceses se obstinaron en seguir adelante con la empresa, y con un contingente cinco veces mayor que el de 1862, al año siguiente impusieron un cerco a Puebla dispuestos a conquistarla. Mariano, comandando una brigada, se encontró adscrito a la Segunda Divi-

sión del Ejército de Oriente, nuevamente bajo las órdenes directas del general Miguel Negrete.

La trágica muerte de Ignacio Zaragoza, el 8 de septiembre de 1862, víctima del tifo, hizo decaer el ánimo de los mexicanos, pero no su voluntad de continuar defendiendo la independencia nacional. El mando del Ejército de Oriente recayó en Jesús González Ortega, encargado de defender la Angelópolis, quien fue apoyado en el exterior por el Ejército del Centro con Ignacio Comonfort al frente. Ambos generales habían tenido diferencias políticas con el presidente Juárez, pero éstas habían sido hechas a un lado en aras de la unidad nacional.

La Segunda División que se designó como reserva quedó al mando del general Miguel Negrete y su segundo fue Francisco Lamadrid; las brigadas que la formaban fueron encomendadas respectivamente a Mariano Escobedo, Pedro Rioseco y Luciano Prieto.

La defensa fue admirable y se realizaron actos que merecen el calificativo de heroicos, como el del combate en la Penitenciaría, donde Escobedo



Toma de la penitenciaría de San Javier cerca de Puebla el 29 de marzo de 1863. Este óleo es obra de Jean-Adolphe Beauce, 1864, y pertenece a una colección particular. Fotomecánico, Acervo INEHRM.

tuvo un papel destacado; pero después de padecer un asedio de 62 días, ante la imposibilidad de recibir refuerzos y municiones, y sobre todo ante el azote del hambre, González Ortega se vio obligado a aceptar la derrota.

Como parte de las negociaciones para la entrega de la plaza, el general Federico Forey, que había remplazado al conde de Lorencez como líder del Ejército de Intervención, en reconocimiento a su valor ofreció a los generales, jefes y oficiales mexicanos su libertad a cambio de firmar un documento en el que se comprometían, por su honor, a no volver a tomar las armas en contra de la intervención. Los mexicanos se rehusaron a firmar dicho compromiso y fueron hechos prisioneros.

Los invasores determinaron deportar a los jefes y oficiales presos, pero, hay que decirlo, no pusieron mucho celo en su custodia, pues al momento de rendirse en Puebla fueron hechos prisioneros veintiséis generales, trescientos tres (303) oficiales superiores y mil ciento setenta y nueve (1179) oficiales subalternos. En el camino de Orizaba a Veracruz se fugaron los generales González Ortega, De la

Llave, Patoni, Pinzón, García y Prieto, y en Orizaba Escobedo, Berriozábal, Antillón, Porfirio Díaz, Ghilardi y Negrete, y por supuesto muchos otros militares de menor graduación, de tal manera que al momento de ser embarcados rumbo a su destino en Francia sólo quedaban trece generales, ciento diez (110) oficiales superiores y trescientos siete (307) subalternos.

Mientras esto ocurría, los franceses, en compañía de sus aliados mexicanos, ocuparon la ciudad de México que el Gobierno de la República había abandonado para trasladar su sede a San Luis Potosí.

Los militares evadidos en distintos puntos comenzaron a reagruparse y a formar pequeños grupos, que a su vez constituyeron unidades de mayor tamaño, hasta que el Ejército de Oriente, ahora bajo el mando de Porfirio Díaz, logró renacer y volver al combate, logrando establecerse en Oaxaca.

Al comprender que la situación era muy difícil de sostener sin apoyo, el general Díaz se decidió a solicitar auxilio del Gobierno de la República y encargó a Mariano Escobedo que viajara hasta donde

se encontraba el presidente Juárez, le comunicara de primera mano la situación y le solicitara los recursos para que el Ejército de Oriente pudiera continuar con la resistencia. Tras aceptar la comisión, en septiembre de 1864 Escobedo inició el largo camino que debía llevarlo al otro extremo de México; tuvo que realizar grandes rodeos para evitar a los franceses y a sus aliados mexicanos. Pasó por Tehuantepec y luego por Chiapas y San Juan Bautista, nombre que tenía en ese tiempo la actual Villahermosa. Su intención era embarcarse en ese puerto de Tabasco, llegar a Matamoros y de ahí trasladarse a Monterrey, donde esperaba reunirse con el presidente Benito Juárez, pero justo a tiempo tuvo noticias de que Monterrey había caído bajo el manto del Imperio de Maximiliano, que en abril había aceptado convertirse en emperador de México.

Ante esta situación, el general Escobedo, lejos de desistir, tomó la determinación de modificar su itinerario y consiguió un boleto para un vapor que tenía Nueva York como destino final. Pero la travesía no iba a ser sencilla, pues el buque debía hacer escalas en varios puertos del Golfo de México,

Vista general de Orizaba y de los campamentos franceses.
Litografía de L. Duyons, 1863; forma parte también de
una colección particular. Fotomecánico, Acervo INEHRM.



todos ellos ocupados por partidarios del Imperio, y corría el riesgo de ser descubierto y hecho prisionero. Inició su viaje con un nombre falso y durante el trayecto, para no ser descubierto, recurrió a varias artimañas, entre las que se encontraba —según un autor— fingirse mudo.

Por fin arribó al puerto de Nueva York, que lo sorprendió en gran manera pues nunca había conocido una metrópolis con tales dimensiones y diversidad. Desembarcó y el primer obstáculo que tuvo que vencer fue la comunicación, pues no hablaba ni una sola palabra de inglés.

Por fin llegó a Washington D. C. y se entrevistó con el oaxaqueño Matías Romero, ministro de México a quien le transmitió el mensaje que le había encomendado Porfirio Díaz. Romero le informó que en ese momento el Gobierno de la República, perseguido por el avance de las fuerzas francesas, se había visto obligado a fijar su residencia en Chihuahua y que no contaba con ninguna clase de recursos con los que pudiera auxiliar al Ejército de Oriente.



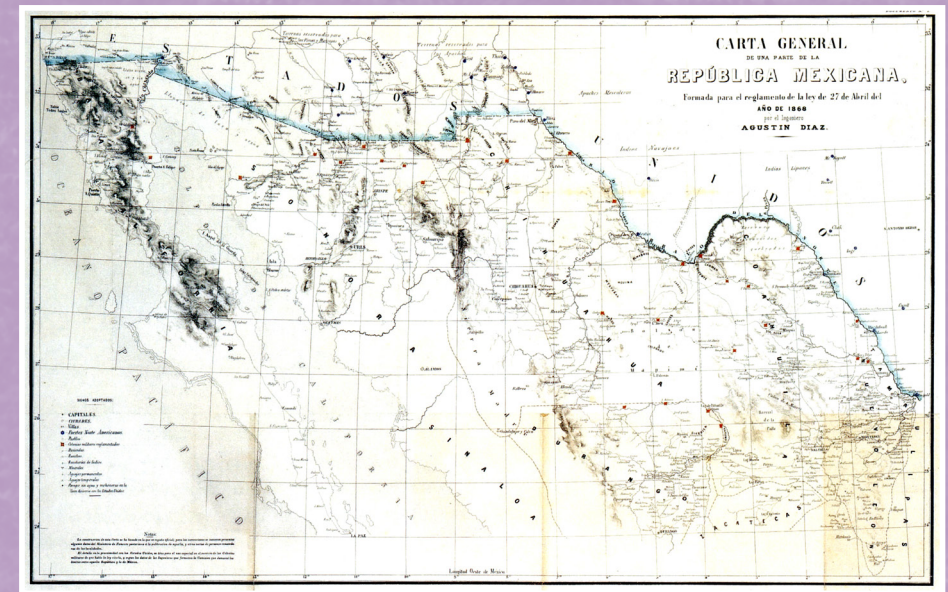
El ministro Matías Romero. Litografía de Hesiquio Iriarte, cercana a 1890. Fotomecánico, Acervo INEHRM.

LA SEGUNDA DECISIÓN DE MARIANO ESCOBEDO

Al no poder cumplir con la misión que Díaz le había encomendado, Escobedo decidió en ese mismo momento, y frente a Matías Romero, no regresar a Oaxaca. Se dio cuenta de que, gracias a su conocimiento de la región en la que nació, vivió y se formó en las artes de la guerra, le sería más útil en ese lugar a la causa republicana que sirviendo en el sur. Por ello viajaría hasta la frontera de Estados Unidos con México y, desde cero, organizaría un nuevo ejército.

Pidió su opinión a Romero, quien sorprendido y desconcertado le dio la respuesta que conocemos gracias a que él se la refirió en una carta a José María Iglesias, ministro de Relaciones Exteriores del presidente Juárez:

Yo, por supuesto me abstuve de expresarle una opinión decidida que no podría formar sino estando bien impuesto de muchos detalles que no conozco, y me limité a decirle vagamente, que fuera a donde creyera que podría ser más útil.



Mapa de la Frontera Norte de México.

Este mapa forma parte del libro *Carta General de una parte de la República Mexicana*, publicado en 1868 por el ingeniero Agustín Díaz. Lo puedes admirar en el Recinto Homenaje a Don Benito Juárez en Palacio Nacional, Ciudad de México.

Romero, en realidad, no estaba muy convencido del éxito del plan de Escobedo y creyó que el general intentaba usar su opinión como excusa, y así se lo confesó a Iglesias: “Me preguntó cuál era la mía, para escudarse con ella de los resultados que le produjera la determinación que iba a tomar”.

No conocía don Matías a Mariano, pues estaba decidido a ejecutar su proyecto y casi de inmediato comenzó un nuevo viaje lleno de obstáculos. A bordo de un tren se dirigió a Nueva Orleans y de ahí a Brazos y luego a Brownsville. El 15 de enero de 1865 arribó a Davis, Texas, donde se encontró con dos coroneles mexicanos, Francisco Naranjo y Nicolás Gorostieta, este último también había sido hecho prisionero en Puebla al igual que Escobedo, salvo que él no pudo escapar de sus captores y fue deportado a Francia, logrando volver tras un largo periplo que lo llevó a España y luego —igual que don Mariano— a Nueva York y a la frontera sur de Estados Unidos.

Después de buscar y encontrar un puñado de soldados mexicanos que habían buscado refugio en Estados Unidos, el 7 de marzo de 1865, con

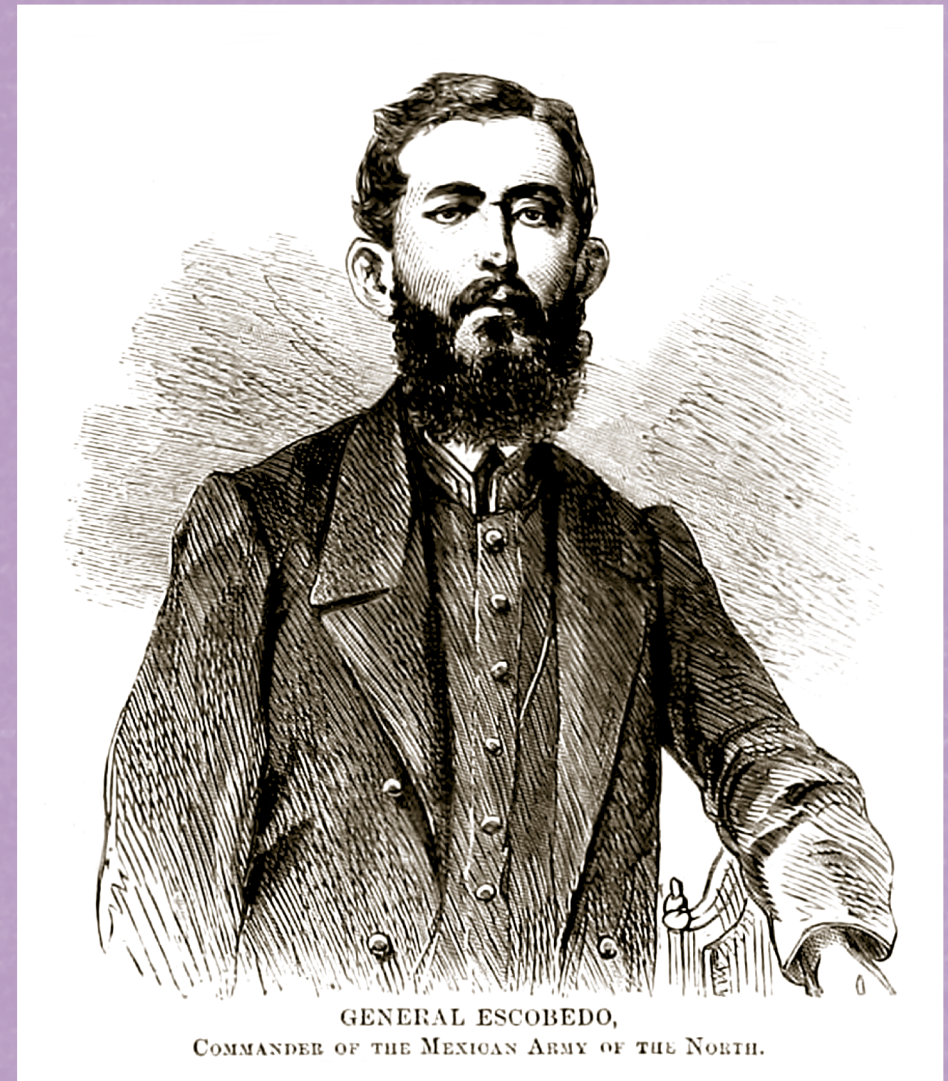


Ilustración del general Escobedo
publicada en un medio de Estados Unidos en 1867.
Pertenece a la colección Museos y Bibliotecas
del Estado de Indiana.

buenos caballos pues eso no les podía faltar, Escobedo y sus compañeros cruzaron el río Bravo. En total eran doce hombres decididos a recuperar el norte para la República.

Debido a su pequeño número, al general Escobedo y al coronel Naranjo les daba risa seguir empleando sus grados militares y decir que eran un ejército. Por lo tanto, decidieron que formaban una compañía y, desde ese momento, Escobedo se convertiría en capitán y tanto Gorostieta como Naranjo serían sargentos.

Antes de cruzar la frontera, Escobedo había dedicado gran parte de su tiempo a escribir una gran cantidad de cartas a todos los amigos que había hecho durante sus campañas en el norte, y que sabía estarían dispuestos a sumarse a su lucha contra la Intervención Francesa y el Segundo Imperio. El 11 de enero redactó una carta muy especial, pues estaba dirigida al presidente Juárez, en la que le exponía las razones que lo habían llevado en Washington a decidirse a formar un nuevo ejército en el norte de México.

También tuvo una entrevista con el controvertido Juan N. Cortina, que habiendo sido gobernador

de Tamaulipas se había convertido en guerrillero e incluso en forajido para combatir a los texanos, a los que seguía haciendo la guerra, siendo el azote de los temibles *Rangers* de Texas.

El pequeño contingente de Escobedo crecía un poco cada día, pues a cada paso se le incorporaban como voluntarios los vecinos de los lugares por los que pasaba. Cuando el general se dirigía a Piedras Negras, salieron de ese punto dos destacamentos de partidarios del Imperio dispuestos a batirlo, los dirigían un señor de apellido Patiño y el otro un señor apellidado Ríos. Éste habría sido el primer encuentro del nuevo Ejército del Norte de no haber ocurrido que los soldados reclutados a la fuerza por los imperialistas, a la vista de sus supuestos enemigos, se negaron a atacar y al grito de “¡Viva la República!” abandonaron a sus jefes y se incorporaron a la fuerza de Escobedo. Patiño perdió a la mitad de sus hombres y a Ríos sólo le quedaron dos que lo acompañaron en su huida.

Cuando llegaron a Piedras Negras los republicanos sumaban más de trescientos (300) soldados, número similar al de los imperialistas que guar-

daban la plaza, por lo que se decidieron a atacar y lo hicieron con tanta determinación que, a no ser porque se les acabaron las municiones, lo hubieran conseguido. Los republicanos se retiraron en orden sin ser perseguidos, lo que los llevó a adoptar la guerra de guerrillas, atacando a sus enemigos en los puntos que pudieran ser más vulnerables, entorpeciendo sus desplazamientos y arrebatándoles sus suministros.

En Cuatro Ciénegas, Coahuila, Escobedo, temeroso de que Juárez no hubiera recibido la carta que le envió el 11 de enero, volvió a escribirle para explicarle de nuevo las razones que lo habían llevado a tomar la determinación de formar una nueva fuerza militar en el norte y resumir las acciones que había emprendido hasta ese momento. Debemos reconocer que en esta ocasión las comunicaciones fueron rápidas, pues para el 26 de marzo el presidente ya había recibido la carta que Escobedo firmó el día 13 y le respondió al día siguiente.

A diferencia de Matías Romero, don Benito creyó en Escobedo y su proyecto. Aprobó todo lo que el neoleonés había hecho y lo nombró, sin ningún

titubeo, general en jefe de las fuerzas armadas de Coahuila y Nuevo León, autorizándolo de antemano a emprender acciones sobre otros estados de la República, si así lo consideraba pertinente. En el aspecto político lo nombró también gobernador de Nuevo León y le encargó que buscara quien cubriera ese mismo puesto de manera provisional en Coahuila, le sugirió que podía ser el señor Jesús Carranza, del que había oído era un auténtico patriota. Aunque no siguió la recomendación de nombrar gobernador al padre del niño Venustiano —en ese momento de cinco años de edad— que llegó a ser presidente de la República, Mariano sí siguió la instrucción directa que don Benito había escrito en su carta, de no cubrir ningún cargo con “hombres que se hayan manchado con la traición, aun cuando muestren arrepentimiento y protesten enmienda. Harto se hace con dejarlos vivir en paz en sus casas”.

Escobedo comprendía las razones del Benemérito para no confiar en aquellos que habían manchado su nombre con la traición, comenzando con Santiago Vidaurri, quien cuando México fue in-



vadido por Francia y el gobierno legítimo tuvo que refugiarse en el norte, el gobernador negó a la federación los ingresos de la aduana de Piedras Negras y, al ver amenazados sus ingresos y su puesto como gobernador y cacique de la región, promovió un plebiscito con el que pretendía entregar Coahuila y Nuevo León al Imperio. El presidente de la República decretó la separación de Coahuila de Nuevo León y declaró traidor a Vidaurri.

En abril, ya con un pequeño ejército y sobre todo con el nombramiento del presidente de la República en la mano, al capitán Escobedo le pareció que ya era justo volver a emplear su grado de general y devolver los que les correspondían a sus compañeros. Para continuar con su campaña, distribuyó a sus elementos: a ciento veinte (120) soldados se los encomendó al coronel Naranjo

Litografía del general Mariano Escobedo de autor anónimo, 1901. Fotomecánico, Acervo INEHRM.

en Nava, Coahuila, y otros ciento cuarenta (140), al mando del coronel Gorostieta, se establecieron en Santa Mónica; mientras, él, con una pequeña escolta, recorría la región de río Grande reclutando más voluntarios y sobre todo tratando de conseguir parque, que era el elemento del que más carecían.

La presencia de Escobedo y las noticias sobre el engrosamiento de sus filas causaron alarma a los imperialistas, quienes se decidieron a actuar en su contra. En busca de Escobedo, de Monterrey salió López y de otro punto salió Tabachisky. La forma en que el general en jefe del Ejército del Norte manejó esta situación es un buen ejemplo de la forma en que supo sacar provecho de su conocimiento de la región y de sus habitantes.

El coronel Santos Benavides, quien al igual que muchos otros, como ya lo hemos contado, se había refugiado en Texas, lo buscaba también, pero —según él— no para combatirlo sino para transmitirle una información de suma importancia.

Creyendo que Benavides deseaba sumarse a la lucha contra los enemigos de México, Escobedo lo recibió y se sorprendió cuando en la entrevista

que sostuvieron le entregó una carta del general Feliciano Olvera que, como él, era comandante militar de Coahuila y Nuevo León, pero bajo la bandera del Imperio.

En su carta, Olvera afirmaba estar autorizado por el general Tomás Mejía para buscar a Escobedo, entrevistarse con él y convencerlo de que renunciara a combatir al Imperio. En caso de aceptar podría presentarse en Monterrey, donde le entregarían una cantidad muy importante de dinero que le permitiría vivir con toda comodidad en el extranjero. Para afinar los detalles del acuerdo, Olvera le pedía a Escobedo encontrarse con él en cualquier punto entre Monterrey y Lampazos.

Escobedo, que no era ingenuo, se dio cuenta de que todo era una trampa y decidió aprovechar la oportunidad que le daban sus enemigos.

Pidió al coronel Benavides que le comunicara a Olvera que, sin comprometerse a nada, estaba dispuesto a sostener la entrevista que le pedía en el lugar que él eligiera entre Monterrey y Lampazos, pero que, para garantizar su seguridad, debía or-

denar que López y Tabachisky se retiraran de sus posiciones.

En cuanto Benavides partió con dirección a Monterrey para comunicar la decisión de Escobedo, éste aprovechó el tiempo y ordenó a Naranjo que se aproximara a López, quien se encontraba en Piedras Negras. Fuera porque en verdad se trataba de una burda trampa o porque López no estuviera enterado de la oferta que se le había formulado a Escobedo, salió de Piedras Negras en busca del general republicano, violando en principio las condiciones del acuerdo.

Naranjo, que sólo contaba con ochenta hombres, siguió las instrucciones que le había dado Escobedo de provocar pero no enfrentar a López, que contaba con ochocientos (800) soldados. La idea era que López persiguiera a Naranjo por un largo trayecto a lo largo del cual el imperialista perdería por deserción una gran cantidad de elementos, mientras que el republicano engrosaba sus filas.

De esta manera, empleando esa estrategia, fue posible que el recién creado Ejército del Norte no sólo lograra sobrevivir, sino que tomara posesión

de plazas de gran importancia. Aunque en ese momento sólo podía hacerlo de manera temporal, eso provocaba un gran desgaste del enemigo.

LAS ARMAS NACIONALES SE HAN
CUBIERTO DE GLORIA... OTRA VEZ

Gracias al buen número de simpatizantes que poseía el general neoleonés, contaba con una importante red que le proporcionaba información muy valiosa, de esta forma tuvo noticias de que un convoy con suministros saldría de Matamoros para abastecer a la ciudad de Monterrey. El 16 de junio de 1866, con mil quinientos (1500) hombres y tres piezas de artillería, atacó en las lomas de Santa Gertrudis (en las cercanías de Camargo) al imperialista Rafael Olvera, que protegía su importante carga con dieciséis cañones y un contingente mixto de dos mil (2000) mexicanos y austriacos. Además de doscientos (200) carros cargados de suministros, armas, municiones y dinero, obtenidos como botín de guerra, la victoria le permitió incorporar a sus filas a ochocientos cincuenta y



La Batalla del 5 de mayo de 1862.
Puedes admirar este óleo en el Museo Nacional
de las Intervenciones, Exconvento de Churubusco,
INAH, Secretaría de Cultura.

tres (853) soldados mexicanos que hasta ese momento habían servido al Imperio. Matamoros y Monterrey quedaron muy debilitados, capitulando la primera plaza el 23 de junio y la segunda en agosto.

Santa Gertrudis fue sin duda una victoria significativa, como lo fue en su momento el triunfo del 5 de mayo. Escobedo, recordando a su amigo y compañero de armas Ignacio Zaragoza, en el campo de batalla se dirigió a sus soldados:

Compañeros de armas:

Una vez más se han cubierto de gloria las armas nacionales; vuestras marchas forzadas y penalidades sin cuento que habéis sufrido, no han sido estériles, pues el enemigo austrotraidor, a pesar de su superioridad numérica, ha sucumbido ante vuestro arrojo y decisión.

El tiempo y los resultados obtenidos demostraron que Benito Juárez había obrado con certeza cuando confió en Escobedo y en su proyecto de formar un nuevo ejército sin contar con ningún recurso. El presidente oaxaqueño, siguiendo su costumbre,

no quiso reclamar ningún crédito y en una carta a su yerno Pedro Santacilia concedió todo el mérito al general norteño:

Ya debe usted saber la derrota completa que sufrió una fuerza de Mejía en la Mesa de Santa Gertrudis el día 16 de junio y la toma de Matamoros el 25 del mismo mes. Escobedo ha obrado como lo hiciera el mejor militar, aprovechando todas las oportunidades para el buen éxito de sus operaciones.

Escobedo es jefe de toda confianza y amigo leal que sostendrá al gobierno con decisión.

En el extranjero también sucedieron cosas que favorecieron la causa mexicana. Presionado por Estados Unidos y por la opinión pública francesa en contra del alto costo en hombres y dinero de la intervención en México, el emperador Napoleón III decidió retirar su apoyo al imperio de Maximiliano y dio órdenes a sus tropas para que comenzaran a replegarse y se embarcaran para volver a Europa.

El Ejército del Norte, plenamente consolidado, libró de imperialistas a los estados de Nuevo León,

Coahuila y Tamaulipas, avanzando hacia el sur con el fin de recuperar más territorio para la República. En enero de 1867 ya se había establecido en la ciudad de San Luis Potosí, la cual el conservador Tomás Mejía había evacuado el 26 de diciembre para retirarse a Querétaro.

Los republicanos siguieron su avance y en ese momento Miguel Miramón, al frente de los imperialistas, tuvo un destello de fortuna y al atacar de improviso a Zacatecas, estuvo a punto de tomar prisionero al presidente Juárez, que por minutos alcanzó a abandonar la ciudad. Para evitar otra sorpresa de esas dimensiones, Escobedo y Jerónimo Treviño se dirigieron a batir a Miramón, al que enfrentaron en la hacienda de San Jacinto. Lo derrotaron el 1 de febrero, tomando prisionero a su hermano Joaquín, al que pasaron por las armas dos días después.

La situación del Imperio era desesperada, los consejeros de Maximiliano le aseguraron que la única oportunidad de sobrevivir era trasladarse a Querétaro, y ahí, como centro de operaciones, atacarían primero al Ejército del Norte de Escobe-



Rendición de Maximiliano en la ciudad de Querétaro.
Puedes admirar este óleo de José Reyes Meza, siglo xx,
en el Museo Nacional de Historia, Castillo de Chapultepec.
INAH, Secretaría de Cultura.

do y, luego de destruirlo, enfrentarían al Ejército de Occidente de Ramón Corona. Su prioridad era actuar antes de que esas dos fuerzas se unieran, pues en ese caso las oportunidades de derrotarlos eran prácticamente nulas y aún imposible si Porfirio Díaz lograba recuperar la ciudad de Puebla y marchaba a reunirse con sus copartidarios.

Para ejecutar su plan, el 13 de febrero Maximiliano salió de la ciudad de México acompañado por Leonardo Márquez y mil (1000) soldados, llegando a Querétaro el día 19; tres días más tarde arribó también desde Morelia el general Ramón Méndez con dos mil cuatrocientos (2400) hombres y trece piezas de artillería. En la ciudad se encontraban ya Miguel Miramón y Tomás Mejía, pero por diversas circunstancias no se decidieron a ejecutar su plan, el tiempo se les vino encima y no pudieron evitar que los cuerpos republicanos de Oriente, Centro y Norte lograran unirse.

En Mariano Escobedo recayó la jefatura en jefe de las operaciones contra el bastión imperialista de Querétaro, su segundo fue el general de división Ramón Corona, el cuartel maestro general fue el



Maximiliano, Miramón y Mejía fusilados en el Cerro de las Campanas. Esta litografía es obra de Constantino Escalante y Hesiquio Iriarte y fue tomada del libro *El cerro de las Campanas. Memorias de un guerrillero, novela histórica*, de Juan Antonio Mateos y publicado en 1868. Fotomecánico, Acervo INEHRM.

general graduado coronel Jesús Díaz de León y el general de brigada Francisco Paz actuó como comandante general de la artillería republicana.

Para el 12 de marzo la República contaba con diecinueve mil (19000) elementos y sesenta y dos cañones; a lo largo de ese mes se sumaron al contingente otros cinco mil quinientos (5500) provenientes de las divisiones del Estado de México y de Puebla. Por su parte, en esas fechas el Imperio

contaba con once mil (11000) hombres y treinta y un cañones.

Aun cuando no se había podido cerrar el círculo que debía rodear Querétaro, las hostilidades iniciaron formalmente cuando las baterías imperialistas en el Cerro de las Campanas dispararon contra un grupo de jinetes republicanos que hacían un reconocimiento.

El final, como hemos dicho, llegó el 15 de mayo con el resultado que todos conocemos, y como lo afirmó el presidente Benito Juárez al volver a la ciudad de México:

el triunfo de la causa santa de la independencia y de las instituciones de la República.

Lo han alcanzado los buenos hijos de México, combatiendo solos, sin el auxilio de nadie, sin recursos, sin los elementos necesarios para la guerra.

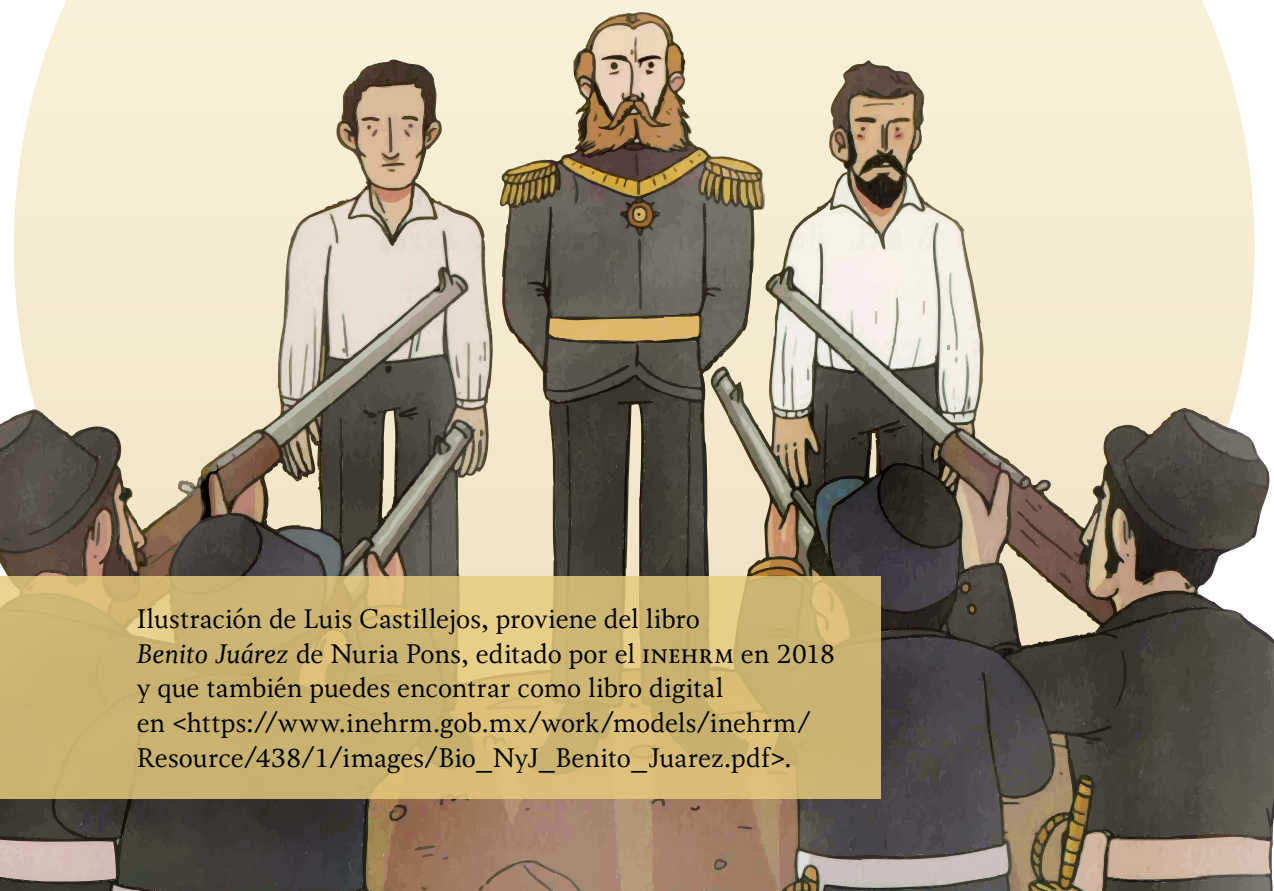


Ilustración de Luis Castillejos, proviene del libro *Benito Juárez* de Nuria Pons, editado por el INEHRM en 2018 y que también puedes encontrar como libro digital en <https://www.inehrm.gob.mx/work/models/inehrm/Resource/438/1/images/Bio_NyJ_Benito_Juarez.pdf>.



MARIANO ESCOBEDO

SU CAMINO A QUERÉTARO

RAÚL GONZÁLEZ LEZAMA

fue editado por el

INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO
Y EL MUNICIPIO DE GENERAL ESCOBEDO

Se terminó en la Ciudad de México en junio de 2026.

Mariano Escobedo nació el 16 de enero de 1826 en San Pablo de los Labradores, hoy Galeana, Nuevo León; fue el menor de seis hermanos. Sus padres fueron Manuel Escobedo y Rita de la Peña. Junto con otros niños, Mariano aprendió a leer, escribir y algo de aritmética gracias a una maestra de la que sólo sabemos que se llamaba Apolonia, y también, como sus jóvenes vecinos, pronto se incorporó al trabajo.

El 14 de septiembre de 1846 el gobernador de Nuevo León emitió un documento que daba instrucciones urgentes para que los alcaldes reunieran a todos los hombres, menos los ancianos, y los enviaran de inmediato a Monterrey. ¡México estaba en guerra con Estados Unidos!

Los hombres que habían sido reunidos en los ranchos y pueblos pasaron a formar parte de la Guardia Nacional y comenzaron a preparar la ciudad para resistir el ataque de los estadounidenses. A partir de esa fecha, Escobedo participó en distintas acciones de guerra, siempre en defensa de la República y todas ellas, podríamos decir, encaminaron su camino a Querétaro.



Cultura
Secretaría de Cultura



Instituto Nacional de
Estudios Históricos de las
Revoluciones de México



GOBIERNO DEL ESTADO DE
COAHUILA
GOBIERNO DEL ESTADO DE
COAHUILA



CAPITAL DE LA
TRANSFORMACIÓN
EN TODO NUEVO LEÓN